Biblioteca Selecta Para
LOS NIÑOS

EL ÁLBUM
DE
LOS NIÑOS

GARNIER HERMANOS
PARIS

EL

ÁLBUM DE LOS NIÑOS

Grulla-Ceniza.

L $1.50

BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS

año 1932

EL

ÁLBUM DE LOS NIÑOS

POR

ESTÉVANEZ

29.099

LIBRERIA CIENTIFICA Y LITERARIA
El Ateneo
PEDRO GARCIA
Bs. Aires
Florida 371 - Suc. Córdoba 2299

PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EL ÁLBUM DE LOS NIÑOS

I

La familia del doctor Saurin, una familia ejemplar, era citada por todos los vecinos como un modelo digno de ser imitado.

Á las cinco en verano, á las siete en invierno, estaban todos en pié, los grandes y los chicos, los amos y los criados. Á las ocho, en todas las estaciones, se habian bañado las personas mayores y los niños, reuniéndose todos para tomar el café, excepto la señora que preferia generalmente una jícara de chocolate.

Despues del desayuno, toda la familia trabajaba. El doctor Saurin recibia las consultas de sus enfermos, la señora dirigia los quehaceres de la casa, daba sus órdenes al cocinero y señalaba sus respectivas lecciones á los niños, que eran dos varones de siete y nueve años y dos hembras de ocho y diez. Los niños estudiaban hasta las doce en punto, á cuya hora se reunia toda la familia para almorzar.

El doctor Saurin y su señora no querian enviar sus hijos al colegio, porque conceptuaban peligroso y de pocos resultados hacerlos salir desde tan jóvenes del seno de la familia, prefiriendo tomarse ellos mismos el trabajo de enseñarlos á leer, á escribir, y todo lo que constituye la instruccion primaria.

Despues de almorzar, tenían un programa para cada dia. Los lúnes iban al gimnasio con su papá, los mártes y juéves daban con su mamá leccion de música, y las niñas señaladamente hacían progresos en el piano. Los miércoles y sábados recibian lecciones de aleman é inglés con un respetable profesor, que siempre les llevaba dulces ó juguetes, y los viérnes se dedicaban las niñas á labores propias de su sexo y los niños al dibujo.

Despues de la comida salían á pasear hasta las diez de la noche, hora de tomar el té y de acostarse. El último en recogerse era el doctor que siempre estudiaba un par de horitas ántes de apagar las luces y cerrar por sí mismo el contador del gas.

En las noches de invierno, ó cuando lo impedía cualquiera circunstancia, suprimian el paseo nocturno. En aquellas noches se reunian en torno de una mesa para conversar, oir las explicaciones del doctor sobre moral, urbanidad ó higiene ó leer alto algun libro de cuentos ó de historia.

Una noche en que se habia suprimido el habitual

paseo por indisposicion de la mamá, hojeaban los niños várias obras científicas ilustradas. No se fijaban en el texto que apénas hubieran comprendido. Pero una de las niñas, con la curiosidad tan propia de su sexo, exclamó sin poderse contener:

— Papá, ¿quieres explicarnos estas figuras que

vemos todas las noches y no sabemos lo que significan?

— Con mucho gusto, hija mia, contestó el padre. Esta primera lámina es una vista de un pueblecito

de Argelia, y esa jóven que se baña con un collar al cuello es una niña de Malta cuya historia voy á referirte.

Una dama rusa que viajaba por África y Europa, habia heredado un collar de perlas que la célebre Catalina, emperatriz de Rusia. habia regalado á uno de sus abuelos. El collar valia en tiempo de Catalina dos ó tres millones, pero las hermosas perlas que lo formaban iban perdiendo su valor : estaban enfermas.

— ¡Cómo! interrumpió la niña. ¿Las perlas sufren enfermedades, como las personas?

— Sí, querida mia. Las perlas pierden su esplendor y sus reflejos, unas veces para recobrarlos y otras para siempre.

Pues bien, la señora rusa observó en sus perlas ciertos síntomas desagradables. Aquellas piedras preciosas que habian sido admirables por su blancura y por su brillantez se cubrian de manchas sospechosas. Un joyero, á quien consultó, le dijo que perderian su valor ántes de quince ó veinte años.

Disgustada la señora, dió crédito á una leyenda ó tradicion oriental, segun la cual las perlas enfermas recobran su salud, esto es, su brillo, bañándolas en el mar ciento una veces.

Con la esperanza de que las perlas recobraran su brillo y su valor, la dama rusa, tan luégo como desembarcó en el puerto de África representado en

la lámina primera, buscó una muchacha jóven que se prestara á servirla; pero buscó una chica que supiera nadar bien.

La más simpática que vió entre las muchas desgraciadas niñas que mendigaban en el puerto, fué una

maltesa abandonada, una trigueña llamada Mariquita.

Mariquita se prestó contenta á servir á la señora rusa, y todas las mañanas se lanzaba al mar con el collar de perlas, miéntras su señora la miraba desde la orilla admirando su destreza en la natacion. Todo fué inútil : la tradicion oriental era tan falsa como suelen ser las tradiciones; pero si la rusa perdió su collar de perlas imperiales, ganó en cambio una perla de más mérito que las del collar, ganando á Mariquita.

La pobre niña maltesa que á los doce años sólo sabía nadar, fué educada por la señora rusa, y agradecida la acompañó en sus viajes hasta que se casó con el conde Derkoff, opulento moscovita que la hizo brillar en los salones de la aristocracia por sus virtudes y por su belleza.

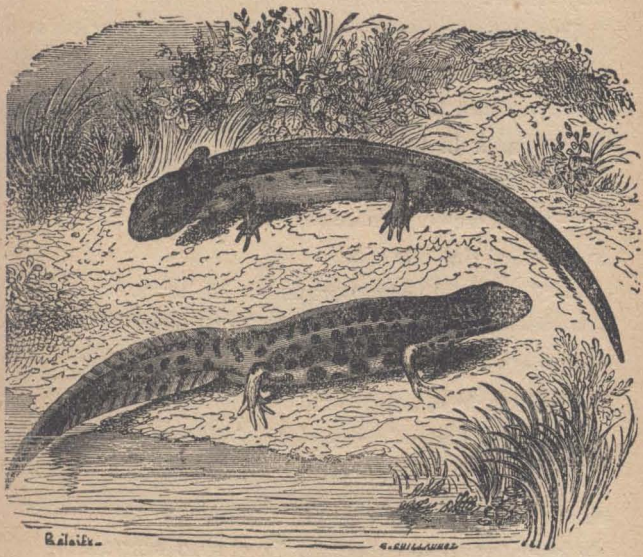
—Díme, papá : es cierto que las perlas se crian en las conchas del mar?

— Sí, pero no en todas. La conchita que presenta la tercera lámina es muy bonita, pero no de las que producen perlas. Ademas no se cogen en todos los mares, sino en las costas de Oriente. Dicen tambien que los chinos las saben hacer artificiales.

— La conchita representada en la figura ¿es una ostra?

—No : es una lapa. Cuando vayamos á la playa á

tomar baños de mar, las verás en gran número pegadas á las rocas. Las ostras son más grandes. Ya las verás en los criaderos cuando hagamos un viaje á Normandía, á Galicia ó á Portugal. Pero os recomiendo



que comáis pocas, y nunca en los meses que no tienen *r*.

— Papá, ¿ qué bichos son esos que representa la lámina ?

— Son salamandras.

— Las salamandras ¿ viven en el fuego ?

— No: esas son salamandras fabulosas que nadie

ha visto nunca. Las que presenta la lámina son salamandras acuáticas.

Estos animales, prosiguió el doctor Saurin, tienen la singular propiedad de reproducir sus miembros amputados.

Un naturalista amigo mío ha hecho la experiencia con muchas salamandras cogidas en Holanda por él mismo. Á una le rompió la pata derecha, á otra la izquierda, á la tercera la sacó un ojo, á várias les vació los sesos con un instrumento agudo.

—¿Y tú eres amigo de ese hombre, papá? interrogó la mayor de las dos niñas.

— Sí, hijita, lo soy, porque no ha hecho sus experiencias por un sentimiento de inútil crueldad, sino por su afan de aprender y de enseñarnos á todos las maravillas de la naturaleza.

Continúo. Los animales mutilados por el naturalista fueron depositados en un vasto acuario dispuesto al aire libre. Al cabo de una semana, las amputaciones de las patas no se conocían. En el sitio amputado se veia una especie de boton que fué creciendo y desarrollándose hasta convertirse en un brazo como el suprimido. Dos meses despues, todo estaba como si tal cosa. Los ojos reventados veian y giraban en sus órbitas. Ni una sola de aquellas pobres víctimas de la ciencia conservaba señal de las amputaciones.

Las tres láminas que siguen, ya lo veis, son pájaros.

El martin-pescador es uno de ellos: tiene la propiedad, siendo feroz, de sujetarse fácilmente á la domesticidad. En los Países Bajos se encuentran muchos en las casas de campo, convertidos en aves domésticas.

No os doy los nombres de todos estos pájaros porque los unos os son bastante conocidos y los otros los conoceréis cuando estudiéis la historia natural.

Las aves son interesantes, sobre todo en América, donde tanto abundan las más variadas y multicolores. Por eso, no sólo sirven de estudio á los naturalistas, sino que tambien los invocan para sus imágenes los más notables poetas que, segun Chateaubriand, son pájaros ellos mismos, pues el más leve rumor provoca sus armoniosos cantos.

Michelet, el famoso historiador, ha escrito entre muchos libros uno que se titula *El Pájaro* y que os recomiendo porque os gustará. Lo encontraréis en el estante 5. de mi biblioteca.

— ¿Qué persona es esa, tan ordinaria, de la lámina siguiente?

— No es un retrato: es simplemente una figura de las que el libro contiene y en ella representa el autor á un sabio naturalista. Te parece un hombre cualquiera, un ente vulgar, un tipo ordinario, porque te fijas en apariencias exteriores. Pero si fuera un jóven almivarado vestido á la última moda, no me pareceria, á mí

que tengo experiencia, ni un sabio ni un hombre serio. Espreciso que os acostumbréis á no juzgar por vanas

apariencias ni á formar juicio á la primera impresion, que así se forman juícios temerarios : el hábito no hace al monje.

La lámina que sigue representa un aficionado examinando las plantas de un invernadero. Mirad con qué atencion observa las hojas de las plantas. Las cosas

más sencillas, las que más triviales nos parecen, pueden ser y son y serán siempre objeto de estu-

dio y de meditacion para los hombres de ciencia.

En los países tropicales y en las regiones templadas del Norte de África y mediodía de Europa, se estudia mucho mejor y es más vigorosa la naturaleza, sin que existan invernaderos que sólo son necesarios en los paises frios. En el Norte de América y en el centro de Europa serían desconocidos los frutos y las plantas de la zona tórrida, si no se cultivaran con esmero en los invernaderos que sirven de recreo á los poderosos y de estudio á los naturalistas.

Este libro, hijos mios, es un verdadero álbum. Si tuviera más de un ejemplar, os regalaria sus láminas para que con ellas formarais una coleccion más variada que las que tenéis. Ya habéis visto las diez

primeras láminas que son figuras, paisajes, animalitos. Ahora veréis plantas y flores.

— Sí, papá: haznos el favor de explicarnos las estampas que son muy lindas, dijo la niña menor.

— Pues voy á hacerlo, hija mia: pero no me interrumpáis como no sea para presentarme alguna duda.

II

La botánica, prosiguió el dolor Saurin, se aprende mejor y se estudia con mayor provecho en el campo que en los libros.

Por eso la aprenderia tan bien el jóven aficionado que veis en la figura, un mozo ejemplar, el cual aprovechaba las pocas horas que sus obligaciones le dejaban libres, para correr por el campo buscando florecillas, coleccionando yerbas y consultando á un viejo boticario que le enseñó con la mayor complacencia el tecnicismo, la nomenclatura, las difíciles clasificaciones de la ciencia : dicho jóven, cuyo nombre tengo en la punta de la lengua aunque no acierto á decirlo en este instante, llegó á ser un naturalista consumado.

La siguiente lámina es una *delfinela*, planta cuya flor, en el centro de Europa, no sale hasta el mes de Junio. Hay dos clases de delfinelas : la de Lineo y la de los jardines.

La planta representada en la otra lámina, con sus hermosos tallos, anchas hojas, verdes por arriba aunque grises por abajo, y flores ama-

rillas con sus hojas en forma de cruz, es la *globularia.*

La globularia tiene algunas propiedades medici-

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

nales dignas de aprecio. La potentila tambien debe notarse.

No están aquí representadas ni la *malva*, que tam-

bien es medicinal y de grande aplicacion, ni el *pico de grulla* que florece en las cimas de las tapias, ni la *flor*

de la trinidad que nace en lugares húmedos: pero está la *verbena*, hermana del *toronjil*.

El toronjil se cultiva en los huertos y es un excelente sudorífico. La verbena es una planta silvestre representada en la figura quince.

La figura décimasexta es la *utricularia*.

No hablemos del *diente de leon*, ni de la *parietaria*, ni de la *paciencia*, ni de la *escudilla*. Son tantas las

famílias, especies y variedades, que los mismos naturalistas están léjos de conocerlas todas. Sin embargo, los especialistas las clasifican fácilmente aunque no las

conozcan y muchas veces bautizan con nuevos nombres á las que ya lo tenian, lo que produce cierta confusion.

La *valeriana* está bien representada en la lámina

décimosétima. Examinadla, hijos míos: fijaos en la forma de sus hojas y si un dia la encontráis la reconoceréis.

Tambien existe la que se llama *valeriana roja*, y la

valeriana de los Pirineos, y la *margarita*, y el *resedá silvestre*. Todas estas plantas esparcen olores generalmente agradables y todas serán útiles cuando sean

más conocidas, como ya lo son en su generalidad.

La naturaleza no ha producido jamas un sér, una planta ni un insecto inútil. El hombre en su ignorancia menosprecia lo que desconoce, pero los sabios van

descubriendo poco á poco las cualidades, las virtudes, las aplicaciones de todos los productos de la naturaleza.

El *Cordifolius*, como lo llaman los botánicos, se encuentra en algunos invernaderos y os lo mostraré en la primera ocasion. En la figura diez y ocho podéis tomar una idea.

Tambien os he de enseñar el *mirto* que procede de Madagascar, la *latania* de las colonias francesas la *carludovica* del Perú y la *crasula exótica*.

Ved, hijos mios, qué original, qué rara, es la lámina veinte. Probablemente no habréis visto nunca lo que representa, la *mitraria*, ó MITRARIA COCCINEA GRANDIFLORUS, como dicen los sabios.

El membrillero del Japon (lámina 21) se ve tambien á menudo en los ricos invernaderos de Inglaterra y Francia.

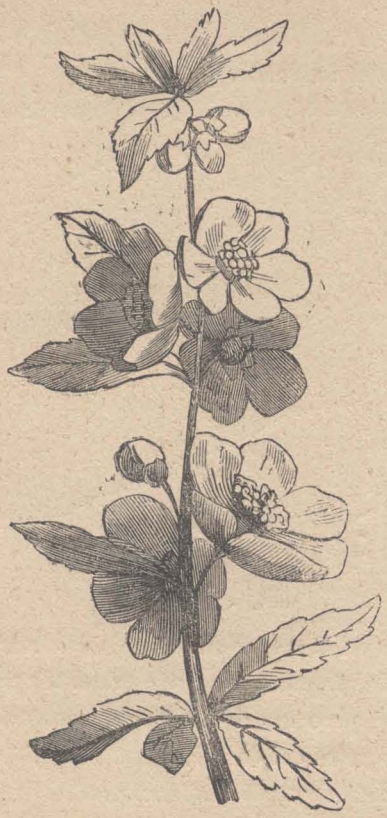
Tambien existe en algunos la *ninfa gigantesca* de Nueva Holanda, y aún la que se llama en lenguaje científico DRANCUNCULUS CRINITUS, especie de monstruo exótico desconocido del vulgo de los mortales. No

sólo está vedado á los pobres recrearse con las producciones y las flores de los lejanos países, sino que tambien los ricos se ven privados casi siempre de tan sencillos placeres. No basta tener dinero para cons-

truir y sostener invernaderos costosos: es necesario tener inteligencia, gusto y aficion á los goces inocentes que producen las plantas y las flores, para conocerlas, estudiarlas y gozar en su contemplacion.

La lámina que sigue, es la que denominan los botánicos AESCHINANTHUS JAVANICUS

Al llegar aquí el doctor Saurin, sonó un cam-



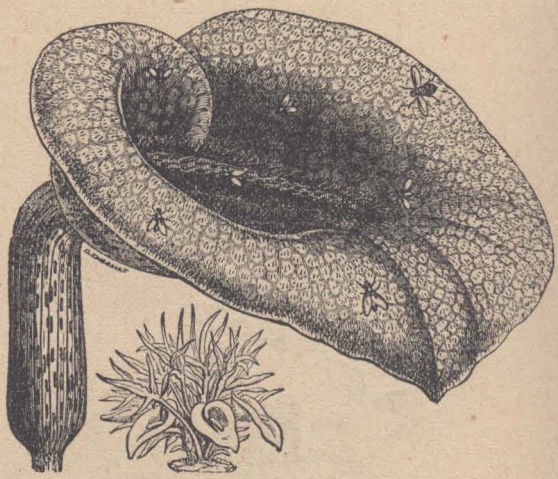
panillazo, que, por lo fuerte, parecia llamada de acreedor.

Un momento despues entró la criada, seguida de

un ordenanza de telégrafos portador de un despacho telegráfico.

El doctor Saurin recibió el despacho, lo leyó y dió un recibo al empleado.

Este se retiró y los niños, así como la señora, se



quedaron en el mayor silencio sin cometer la indiscrecion de preguntar de quién era el telegrama ni lo que decía, pero queriendo leer su contenido en los ojos tranquilos del doctor.

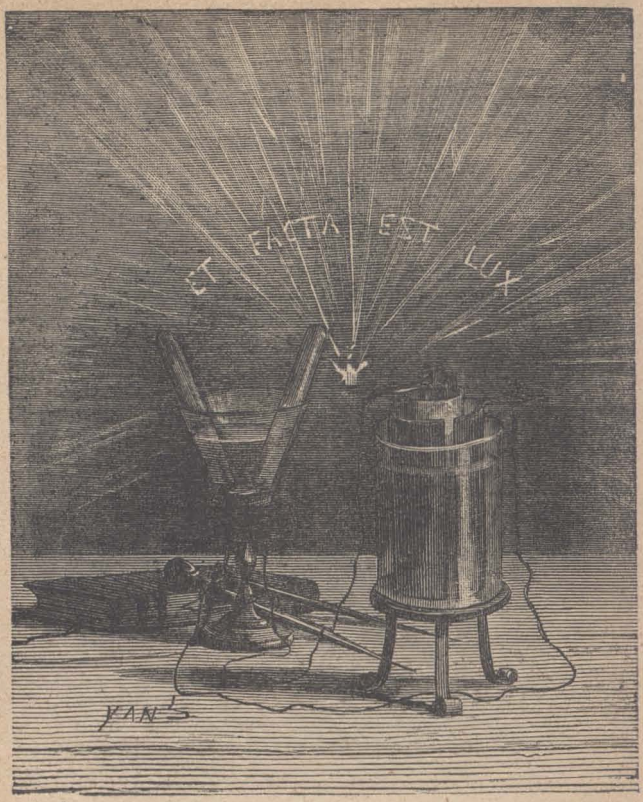
Por fin este rompió el silencio embarazoso de toda la familia.

— Este despacho, dijo, viene de mil quinientas leguas y hace apénas tres horas que lo han expedido.

Nuestros abuelos no hubieran creido nunca en la realizacion de este milagro, mucho más verosímil sin embargo que los que creian nuestras abuelas.

— Explícanos algo del telégrafo.

— Con mucho gusto; pero en capítulo aparte que el asunto lo merece.



III

Los cuentos de hadas, las maravillas de las *mil y una noches*, las poéticas fábulas de la mitología, han

perdido su encanto desde que la realidad nos muestra á cada instante mayores y más útiles prodigios.

La aplicacion de la electricidad es obra del siglo XIX, que es el siglo de las aplicaciones.

Parece mentira que en un cuarto de hora se puedan comunicar de Málaga á Petersburgo, de París á Constantinopla, de Nueva-York á San Francisco, de Lisboa á Rio Janeiro, no sólo noticias, sino autógrafos.

Es para creer en brujas, como se ha creido largo tiempo, ó en las hadas misteriosas de las leyendas orientales.

Durante siglos, una parte del Asia y toda Europa han creido en la existencia de genios domésticos, amigos ó enemigos. En Suecia, Dinamarca, Irlanda, Escocia, Bretaña, Normandía, Suiza, Tirol y las Indias se conservan aún vestigios de esta creencia.

Nuestro siglo tiene tambien su genio invisible, dócil á nuestro mandato. Á nuestra vista opera cosas que á nuestros padres les hubieran parecido imposibles de hacer : escribe, dibuja, alumbra, mueve las máquinas, maneja los metales, trasmite los despachos instantáneamente de un cabo al otro del mundo y destronará al vapor. En ocasiones mata, hiere, destroza, porque este genio invisible es el relámpago, es el rayo, es la electricidad.

Poco sabemos de su naturaleza. Piérdense los sabios

en insuficientes y contradictorias teorías; pero bastan un pote de tierra y dos placas metálicas para producir este poderoso agente, cuyo uso se va vulgarizando.

Los antiguos, sin sospechar su fuerza ni sus aplicaciones, conocieron vagamente la electricidad.

En tiempo de Tháles, uno de los siete sabios de Grecia (año 640 ántes de Cristo), conocian los griegos el iman. Se llamaba entónces *tierra de hierro, piedra indomable, piedra de Hércules.*

Tolomeo, astrónomo y geógrafo que vivia hácia el año 140 de la era cristiana, habla de las islas Maniotas, hoy desconocidas, en las cuales los barcos permanecian inmóviles, sujetos por la fuerza atractiva del iman, hasta que sustituian los clavos de hierro de sus cascos por clavos de madera.

Plinio habla del mismo fenómeno, y San Agustin, en su *Ciudad de Dios*, cita un templo pagano cuyos sacerdotes se servian de la fuerza magnética para producir milagros.

Demócrito se valia del iman para asombrar á sus discípulos con juegos de prestidigitacion.

Epicuro decía que los átomos del iman penetraban en los átomos del hierro.

Empedócles, Galiano y Lucrecio en su poema de la *Naturaleza*, presentan el iman y el hierro movidos por una fuerza de concentracion y cohesion que designan con el bello nombre de *amistad.*

Platon y Aristóteles admiten en la naturaleza simpatías y suponen que el iman y el hierro son simpáticos en grado sumo.

Nemésius supone que el iman es un sér vivo, intermediario entre el reino animal y el vegetal.

Los chinos antiguos usaban carros magnéticos, sobre los cuales llevaban una figura mecánica, cuyo brazo contenia hierro imantado y apuntaba al Sur. Servíanse de los carros para atravesar las grandes estepas de Tartaria.

Antiguamente se sabía muy poco de la electricidad, pero los filósofos la presentían.

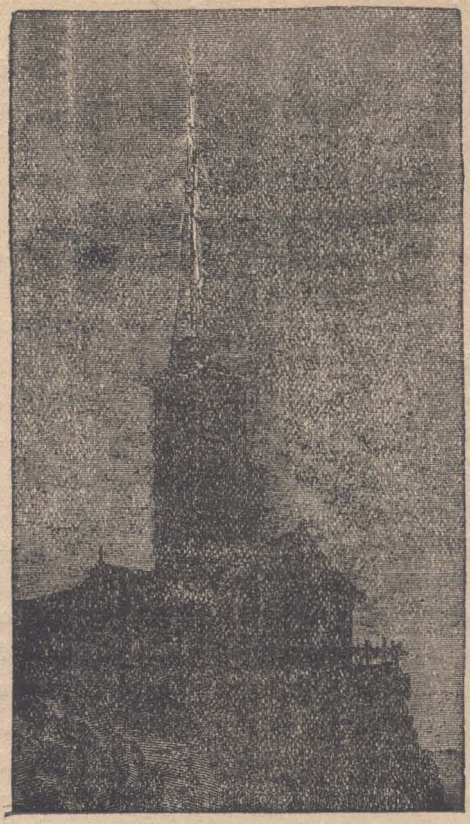
Los poetas creian ver en el rayo un castigo de Júpiter y en el fuego de San Telmo estrellas bienhechoras, Cástor y Pólux, que descendian del cielo para guiar á los navegantes en peligro.

Anaximandro, Heráclito y Metrodoro de Chío, escribieron mucho sobre el rayo.

Otros sabios trataron de estudiar los fuegos fátuos, y un poeta antiguo, plagiando á Séneca, dijo que el fuego de San Telmo era « *de los rayos imágen impotente.* »

Los escandinavos adoraban el rayo como una divinidad, los sacerdotes etruscos veian en él manifestaciones de Dios para hacer conocer á los hombres su voluntad y su poder, en nuestros mismos días, los habitantes de algunas aldeas católicas repican las campanas cuando las tempestades se desencadenan,

ignorando que así practican culto pagano, y que, ro-



gando á Dios con la lengua metálica del templo que aleje la tormenta, atraen el rayo.

Poco se sabe hoy mismo de la electricidad, pero la

hemos aplicado á los telégrafos. El telégrafo eléctrico es una maravilla.

Los telégrafos antiguos, llamados ópticos, han caido en desuso. La electricidad ha hecho una revolucion en el comercio, en la guerra, en la industria y hasta en la política.

Pronto caerán en desuso los telégrafos aéreos, que á veces funcionan con irregularidad por los cambios atmosféricos. Los telégrafos subterráneos, que ya funcionan en muchas capitales, y los submarinos, tienen inmensas ventajas, sobre todo los primeros.

Se han usado diversos aparatos cuya explicacion no entenderéis teniendo escasas nociones de física y de mecánica. El americano de Morse es el que se ha usado más largo tiempo. En Francia se introdujo muchos años despues que en América y en Inglaterra. Hoy se usan nuevos sistemas y cada dia se irán perfeccionando los que se usan, que á todas las cosas de la vida, aunque se acojan con entusiasmo y representen novedad, progreso, satisfaccion, se puede aplicar aquello de *Sic transit gloria mundi.*

El telégrafo de señales, de noche con hogueras, de dia con banderolas, es muy antiguo, pero el verdadero telégrafo moderno tuvo un principio glorioso. El primer despacho que se trasmitió comunicaba á la Convencion francesa la toma de Condé á los austriacos por el ejército de la República. El segundo fué la res-

puesta de la Convencion : *El ejército del Norte ha merecido bien de la patria.*

Si es un milagro, ó tal puede creerse, lo que hacemos con la electricidad, qué diríamos si nos anunciaran las nuevas revoluciones que ella hará en el mundo? Es probable que la imprenta y el periodismo cambien de forma y que algun dia cada familia tenga un periódico órgano de sus ideas y de sus intereses, como hoy lo tienen los partidos ylas sociedades. Á las prensas tipográficas sucederán aparatos que hora por hora, minuto por minuto, imprimirán por sí mismos, y á la vez en todos los ámbitos del globo, periódicos sin fin que redacten en el centro del mundo, en la Bolsa universal, en el supremo congreso de todas las naciones, para hacer conocer á todos los hombres libres los acontecimientos que se verifiquen al instante mismo de su realizacion. Los progresos del porvenir son tan ilimitados como el cielo azul, tan infinitos como el pensamiento humano.

IV

Al terminar el doctor su discurso sobre los telégrafos, los niños que lo habían escuchado con respetuoso silencio dieron señales de alegría. Habíales parecido el discurso paternal más erudito que ameno.

El doctor, que sólo se proponia despertar en ellos aficiones útiles é inculcarles nociones de la ciencia en conversaciones familiares, comprendió que debia cambiar de tema.

— Son las nueve, dijo, tenemos una hora ántes de tomar el té, y es conveniente aprovecharla: el tiempo es un tesoro. ¿Queréis que os hable de historia, de geografía, de artes?

Yo prefiero oir cuentos de hadas, dijo la niña menor

— Y yo de diablos, de condenados, de brujas, dijo la otra.

— Dejaremos para otra noche los cuentos, hijas mias, y seguiremos viendo las estampas.

Son muy bonitas las plantas y las flores que se cultivas en los invernaderos; pero es mejor estudiarlas en

el campo. En la plenitud y en la libertad de la naturaleza es donde sus productos se deben contemplar. La digital purpurina, dibujada en la lámina 27, es la

misma que con emocion he visto en los Vosgos vegetando pobremente. Lo admirable y digno de contemplacion y estudio no es siempre lo más grande. Algu-

nas veces encontramos la regularidad, la perfeccion y áun la grandeza, en lo que parece pequeño ó insignificante.

Nada más grato para mí que el estudio de la natu-

raleza, en los valles ó en las cumbres, en los llanos ó en las cordilleras, en los bosques vírgenes ó en las escarpadas costas. Por todas partes se encuentran

objetos dignos de estudio y de meditacion que nos elevan sobre nosotros mismos y que, recreando el ánimo, apartan el pensamiento de las penas de la vida. ¡Ojalá heredéis mis aficiones!

En la lámina veintiocho tenéis la *cineraria* y la *dalia*, de las que os hablaría largamente si tuviera espacio.

Ya conocéis la crásula, originaria del Cabo de Buena Esperanza, la mitraria de Chile, el membrillo del Japon, la potentila, planta rosácea de señaladas

virtudes, y algunas otras. Ahora veréis el *lupulo* del que se hacen bebidas fermentadas (lámina veintinueve).

El lupulo se ha usado hace muchos siglos para componer un licor amargo y tónico que, despues de fermentado, es muy útil á los caminantes fatigados y á los cazadores.

Las plantas, naturalmente, no son de todas las estaciones. Cada estacion tiene las suyas en los países en que realmente existen las estaciones. En las regiones intertropicales los cambios de estacion apénas se conocen, y por eso la vegetacion es admirable en aquella privilegiada zona. En los trópicos no se ve el espectáculo representado en la lámina treinta.

Los pobres en los países frios tienen que sufrir las inclemencias del invierno, luchando con su trabajo contra la miseria, bajo la nieve que azota sus mejillas, cubre los campos y esteriliza su ímprobo trabajo. Si es cierta la teoría de Flammarion, en la que no todos los sabios convienen, llegará un dia en época aún lejana, en que la única parte habitable del planeta será la zona tórrida.

La primavera es la época fecunda en flores, como el verano y el otoño en frutos: pero es preciso no jugar con ellas pues sucede que las más bonitas son algunas veces nocivas y venenosas. No se debe hacer nada con plantas desconocidas: sírvanos la experiencia ajena, el consejo de Sancho Panza, que se proponia no tomar nunca nada que desconociera, escarmentado por los dolores de vientre que experimentó el

caballero errante Don Quijote cuando tomó el bálsamo de Fierabrás.

El *acanto*, lámina treinta y una, es bastante raro. Crece en las orillas de los charcos y estanques.

No os hablaré del *alelí*, ni de la *escarchosa*, ó yerba de la plata: ni de la *pulsatila*, hermana salvaje de la

anémona, que es peligrosa : ni de la *gota de sangre*, sobre cuya flor tiembla una roja gotita que ha dado nombre á la planta. Esta planta tiene una leyenda que os contaré otra noche, segun la cual aquella gota en-

carnada es una lagrima que cayó del cielo para salvar á una pecadora arrepentida.

La trigésima segunda lámina es el *llanten*, planta medicinal, muy buena para los ojos.

No hablemos de las violetas, que conocéis bastante, ni de las flores que todos los dias regáis en vuestras macetas.

Ved el *lirio*, lámina treinta y tres, representado en la figura hasta con sus insectos.

El *grosellero* es un verdadero arbusto respecto al cual os contaria una historia si no se hiciera tarde: pero sigamos viendo las estampas: dejemos las historias para otra noche cualquiera.

Mirad la lámina siguiente, treinta y cinco: veréis las abejas chupando la sustancia que necesitan para la colonia.

Sobre las abejas pudiera hablaros muchos días se-

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

guidos. Acerca de ellas se han escrito libros enteros, no solamente por los naturalistas, sino por los fabulistas y poetas. Ya los griegos las estimaron

mucho y son conocidas desde la más remota antigüedad.

Aunque se sabe mucho y no se ha escrito poco de la organizacion de las abejas, cada dia se enriquece la

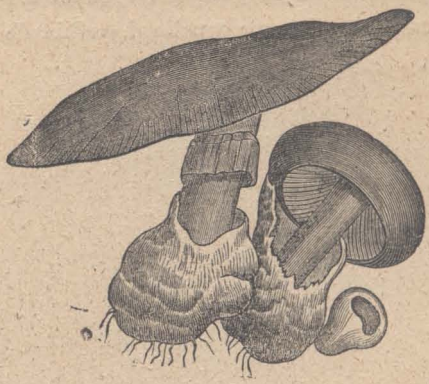
historia natural con nuevas observaciones sobre sus costumbres.

M. Dupasquier las ha visto salir por las mañanas, en la primavera, elevarse mucho describiendo gran-

des círculos y de repente lanzarse juntas en una direccion determinada, yendo á caer al sitio en que la miel abunda.

Algunas se pierden describiendo curvas, y vuelven al punto de partida; pero las más llegan del primer

arranque adonde se proponen, y es de ver la lentitud con que examinan y aprecian las flores y perfumes.

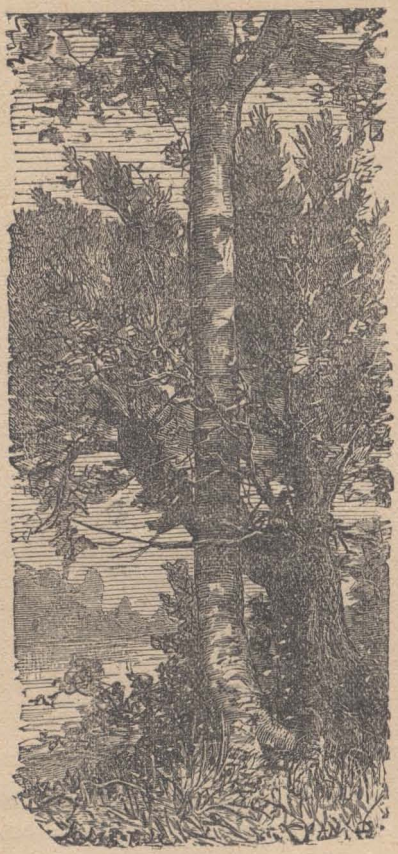


Si no les gustan, se alejan: si les convienen, se ponen inmediatamente á trabajar.

V

Se ha discutido entre los sabios la existencia del alma de las plantas. Seguramente han ido demasiado léjos : las plantas no tienen alma : pero poseen verdaderas sensaciones. Sufren, se mueven, parecen susceptibles de cálculos y razonamientos como los animales.

Se ha visto que algunas plantas, al modificarse el suelo en que crecian, se han ido á otro lugar.



Cuenta Murray que un lindo grosellero de su jardin

se tornó amarillento y enfermizo, por haber sobrevenido algunas filtraciones minerales á consecuencia de haberse derribado un muro que le prestaba abrigo. El grosellero extendió sus ramas, ó una de ellas, por encima de los escombros, á un metro de distancia. La rama se fijó al abrigo de un árbol vigoroso y allí brotó nuevamante el grosellero perdido.

En la zona tórrida no se aprecia la hermosura del verano, porque este es allí perpétuo y árboles y plantas conservan siempre su verdor. En la zona templada es estacion de delicias en la que se presenta la Naturaleza en toda su majestad.

En el otoño es para el hombre más agradable la temperatura, pero las flores silvestres empiezan á escasear. Brotan sin embargo algunas flores precursoras del invierno.

Hablemos de la ortiga.

Exceptuado el asno, que fué rehabilitado elocuentemente por Buffon, no ha habido nada en el mundo más calumniado que la ortiga, ni más injustamente.

La ortiga, desdeñada por la ignorancia y por sus estúpidas hermanas la preocupacion y la rutina, tiene excelentes cualidades y es muy útil.

Ofrece al ganado un alimento fresco y aumenta la leche de las cabras y las vacas. Mezclada en pequeña proporcion con otras yerbas ó paja, no es de temer la accion de sus espinas en la boca de los animales.

El estiércol que de esta mezcla resulta, es conveniente para el campo.

Las aves, en general, engordan bien con el grano de ortiga.

Ademas, la ortiga proporciona una exquisita ma-

teria para la elaboracion de algunas telas, á cuya industria la han aplicado los chinos desde tiempo inmemorial.

Aunque todo esto se ha dicho y se ha repetido muchas veces, la pobre ortiga, en Europa, sigue siendo víctima de la ignorancia. Brota espontáneamente y la

arrancan sin compasion. Ni Ollivier de Serres, ni Rozier, ni Valmont de Bomare, ni Bartolini, ni Milloix, haciendo públicas sus experiencias, han conseguido que la ortiga se explote cultivándola debidamente.

El amaranto, lámina cuarenta, es una de las plantas de otoño que se suelen encontrar en los campos europeos. Su nombre, que es griego, significa que no se marchita nunca.

Los antiguos dedicaban á los muertos la flor del amaranto y las brujas y hechiceras de la edad média la suponian dotada de extraordinarias virtudes.

La reina Cristina de Suecia instituyó la *órden de*

Amaranto en 1633. La cruz que usaban los caballeros de la órden llevaba esta divisa: *Dolce nella memoria.*

El ajenjo, que se coge tambien en el otoño, se aplica á la elaboracion de perniciosas bebidas. Plinio pretendia que las ovejas que comian ajenjo no tenian

hiel; pero en esto no tenia razon, pues sólo se hizo eco de un error popular.

El ajenjo era tenido en grande estima en tiempo de los romanos. Hoy tambien le hacen honor los franceses, que lo pagan yendo en gran número á habitar

en Charenton, el Leganés de Francia.

Abreviemos, que es tarde.

Esta lámina, la cuarenta y una, es la *yerba plata.*

La lámina cuarenta y dos es la *odorífica,* amiga de

las riberas, pues crece únicamente cerca de las aguas cristalinas.

La *fraxinela* pertenece á la familia de la planta con

que Virgílio hace curar las heridas de sus héroes, despues de arrancar las flechas profundamente hundidas en las carnes. Ved la lámina cuarenta y tres.

Las plantas y las flores tienen casi todas su historia

y su leyenda. No sólo han sido estudiadas y clasificadas por la ciencia, sino idealizadas por la fantasía. La que no ha prestado bellas imágenes á los poetas, ha dado orígen á los románticos cuentos que saben los pastores.

No puede calcularse el número de plantas y flores silvestres que crecen en los campos solitarios, ó en medio de los trigos y cosechas. Se conocen más de

cien especies. Algunas son dañosas, pero los animales las evitan con ese instinto maravilloso que deben á la naturaleza.

Esta figura (cuarenta y cuatro) es la *lobelia*, así

llamada en honor de un botánico frances que trajo la primera de Jamaica. M. De Lobel no sabía cuando la trajo á Europa, en el siglo pasado, que ya era conocida

de los naturalistas europeos. Sin embargo, la de Europa es azul y la de América es roja.

Son las diez, hijos mios, dijo el doctor Saurin y, ademas, me fatigo de haber hablado tanto tiempo como un orador de la Sorbona ó un predicador de San Sulpicio.

Mirad la lámina cuarenta y cinco con la que daremos fin por esta noche. Es la balsamina que llaman algunos *nicaragua.*

La señora hizo sonar un timbre, cuyas vibraciones repitió el eco nocturno hasta los extremos de la casa y poco despues se presentó un criado con una gran bandeja.

En la bandeja venian todo el servicio de té y algunos platos con galletitas inglesas.

Dejemos al doctor con su familia saborear el líquido aromático, y despidámonos hasta... otra noche.

VI

NIÑA INFIEL Y PERRO LEAL.

Y en efecto, á la siguiente noche se hallaba la familia reunida en torno de la misma mesa.

El doctor callaba contra su costumbre, aguardando á que uno de los niños, con las inesperadas salidas propias de su edad, le diera el tema de la conversacion.

No tardó mucho uno de ellos en preguntarle qué país le habia gustado más entre los que habia tenido ocasion de visitar.

El padre contestó que las opiniones acerca de los países son siempre relativas, porque *cada uno habla de la feria segun le va en ella.*

Ademas, dijo el doctor, no se conocen todos los países que se han visitado, y en algunos se adquieren más preocupaciones que verdaderas luces acerca de la sociedad entre la cual se vive.

— Pero sea como quiera, observó el primogénito.

de alguna parte conservarás más seguros recuerdos que de otras.

— Efectivamente, y en honor de la verdad, debo decirte que no he tenido en el mundo bastantes sen-

saciones para hacerme olvidar algunas impresiones de los Álpes.

— Cuéntanos algo de tus viajes á esas montañas siempre nevadas que nombras tan á menudo.

— Pues prestadme atencion.

— Te escuchamos, papá.

— La segunda vez que estuve en el célebre y pintoresco valle de Chamouny, me paseaba una tarde

entre las arboledas que circundan el pueblecito de Bois cuando observé que Puk, el perro fiel que me acompañaba siempre, habia desaparecido.

No era Puk uno de esos perros capaces de apartarse de su dueño atraidos por una golosina ó por otros perros, y como le llamé sin que volviera, empecé á inquietarme seriamente y á temer que se hubiera despeñado.

De repente apareció con la actitud embarazada del que no se ha conducido bien, con manifiestas señales de temor, con la mirada suplicante y húmeda y la cabeza tan baja que las orejas tocaban en el suelo.

Si hubierais visto á mi buen Puk en semejante postura, no hubierais tenido valor para enfadaros.

Yo tampoco me enfadé; pero vi que el perro se volvió á marchar por donde habia venido, regresó de nuevo y dió vueltas á mi alrededor, renovando várias veces la misma operacion. Comprendí que el perro queria indicarme alguna cosa y le seguí.

La pista del perro me llevó á la hendidura de una roca, donde se hallaba sentado un jóven de simpática fisonomía vestido con una sencilla blusa de color azul celeste y armado de un cayado pastoril. Sus largos cabellos rubios flotaban sobre sus hombros, y sus facciones eran tristes sin abatimiento; la boca expre-

saba resignacion, no amargura, y solamente los ojos tenian un carácter de que no podia darme cuenta. Eran grandes y límpidos, pero fijos, apagados, mudos.

El muchacho no dió muestras de haberme apercibido y comprendí que era ciego.

Puk estudiaba todas mis impresiones, y al primer sentimiento de benevolencia que distinguió en mis miradas, se lanzó al desconocido y se puso á prodigarle todas las caricias de su repertorio.

El ciego le acarició á su vez pasándole la mano.

— ¿De dónde me conoces, tú que no eres del valle? preguntó. Yo tambien tenia un perro tan cariñoso como tú que me ha abandonado como todos ¡pobre Puk!

— ¡Qué casualidad! dije yo interrumpiéndole; vuestro perro se llamaba como el mio.

— Perdonad, señor, dijo el ciego levantándose, no os habia visto á causa de mi ceguera.

— Sentaos, amigo mio. ¿Sois ciego de nacimiento?

— Casi, casi; pero tengo un vago recuerdo del sol y de la nieve.

— ¿De modo que habéis perdido la vista por un accidente?

Un accidente, si, senor, que fué la menor de mis desgracias; al mismo tiempo que perdi la vista me quede huérfano. Mi padre, que era guía de las montañas, habia pasado la noche en el Priorato, y al volver encontró nuestra humilde choza destruida por una avalancha. Consiguió hacer una abertura en la nieve, penetró en la cabaña y lo primero que vió y pudo salvar fué mi cuna. Ayudado por sus camaradas, me puso en lugar seguro, porque el peligro aumentaba sin cesar, y cuando trataba de salvar á mi madre y hermanos, pereció él mismo y perecieron todos y se hundió la casa bajo una nueva

masa de nieve que descendió con estrépito y violencia.

Recogido por los vecinos, continuó el ciego, se apercibieron al siguiente dia de que la gota serena había añadido una desgracia nueva á las que me habian convertido en el sér más desgraciado del mundo.

— ¡ Pobre niño ! ¿ Y estáis solo en el mundo ?

— Un desgraciado, señor, nunca está solo en este valle. Todos los vecinos han dulcificado mi miseria ; uno me alimenta, otro me viste, otro me alberga y una buena viuda que habia perdido sus hijos me ha servido y me sirve todavía de madre.

— ¿ Y no tenéis más amigos ?

— He tenido varios, respondió el ciego con aire misterioso, pero... ¡ se han ido !

— ¿ Para no volver ?

— Eso es lo que me figuro.

El pobre ciego se enjugó una lágrima.

— ¿ Cómo os llamáis ? le pregunté ?

— Gervasio, me respondió.

Hice un movimiento como para sentarme y el pobre chico me lo impidió llorando.

— Aquí no, me dijo, este es el sitio de Eulalia; nadie lo ha ocupado desde que se fué ; poneos, señor, un poquito más allá.

Instado por mí, no por vana y estéril curiosidad

sino por ver si en algo podia remediar su pena, me refirió la historia de su amiga Eulalia.

Eulalia era una niña ciega de nacimiento, pero hija de un padre millonario. El padre en su afliccion había recorrido las principales ciudades buscando un médico que curara la enfermedad de su hija. No pu-

diendo lograrlo fué á ocultar su desesperacion al valle de Chamouny, donde á lo ménos su hija no echaria de ménos los goces del gran mundo porque nadie le hablaria de ellos.

Los dos niños ciegos se encontraron y llegaron á quererse mucho; todas las tardes se reunían en el sitio en que yo encontré á Gervasio. Tan dulces eran

sus pláticas y tan inocentes sus colóquios, que el padre de Eulalia lloraba algunas veces oyendo conversar á los dos niños.

Ellos conocian á las aves por el vuelo y parecia que los pájaros los conocian tambien pues se posaban sobre sus hombros y cantaban de regocijo al verlos.

Fueron tan felices, que llegaron á tener su comun ceguera por una dicha envidiable, considerando que sin haber sido ciegos no se hubieran encontrado nunca.

En esto llegó al valle un médico famoso que se prometió curar á Eulalia. Esta permaneció toda una se-

mana sin salir, semana que fué un siglo para el infeliz Gervasio.

La niña estaba encerrada en su *château* porque el médico dijo que, si la habia de curar, era preciso que no saliera al campo.

Los tormentos de Gervasio no son para descritos.

Por fin una tarde apareció Eulalia con su papá y el médico en el sitio de costumbre. Ya veia; pero no le permitian que se quitara la venda que tenía en los ojos.

Al ver á Gervasio que la aguardaba impaciente, se echó en sus brazos y prorumpió en sollozos. El padre y el médico se retiraron por no turbar la alegría de aquellos dos inocentes, ignorando que las lágrimas eran de dolor. Gervasio tambien lloraba con íntimo desconsuelo.

— ¡Veo! querido Gervasio; he visto el sol y las cumbres, he visto el cielo y los árboles, pero aún no te he visto porque traigo una venda que no me puedo quitar; me han obligado á ponérmela para salir y me han dicho que si me la arranco, me volveré á quedar ciega.

— Y cuando me veas, interrumpió Gervasio, tambien verás á otros y... te olvidarás de mí.

Aquella noche estuvo Eulalia por demas inquieta, y el padre, aconsejado por el médico, resolvió llevársela de Chamouny.

Cuando Gervasio supo que su amiga se habia ausentado del valle por un recado que de ella recibió, estuvo á punto de volverse loco. Eulalia le hizo saber que se la llevaban por algunos meses, que pasaria el invierno en Francia, que en la primavera volveria y que como recuerdo de su amistad se llevaba el perro que tanto los queria.

Gervasio contaba esto con un sentimiento difícil de explicar y añadia con melancólico acento :

— ¡ Ha vuelto la primavera, y ella no ha venido !

— Volverá, le dije, y si no vuelve, te consolarás al cabo de su ausencia y querrás á otra como la has querido á ella.

— No volverá, señor, el corazon me lo dice, y yo me moriré.

— Ánimo y adios, mi buen Gervasio. Te prometo averiguar el paradero de Eulalia y te lo haré saber. Entre tanto te dejo á mi fiel Puk que ya te tiene cariño.

Y con un gesto indiqué á Puk que debia quedarse con Gervasio.

Lo entendió tan bien el inteligente y leal compañero de mis excursiones, que meneando la cola, se acurrucó á los piés del pobre ciego.

— Á lo ménos no estará solo, dije yo alejándome.

No sin trabajo pude adquirir informes de la famosa Eulalia.

Supe que su padre la habia llevado á París, de París á Ginebra y de Ginebra á Milan.

Supe que estaba completamente restablecida de su enfermedad y que veia como si nunca hubiera estado ciega.

¡Supe que se habia casado!...

La busqué en todas partes y en Milan tuve ocasion de encontrarme con ella en casa de una comun amiga.

Fuí presentado á ella, la traté algunos dias y me

convencí de que era una criatura muy superficial.

La primera vez que estuve solo con ella le pregunté á quema ropa, sin exordio ni preparacion alguna:

— ¿Y Gervasio?

— ¿Quién?

— Gervasio el ciego.

Aquella mujer sin corazon se echó á reir; despues fingió desmayarse.

Desde entónces no he vuelto á saber de ella.

Pero ya que ella olvidaba al pobre niño que la queria con pasion, yo por mi parte debia regresar á Chamouny para consolar al desventurado ciego.

Entré en Saboya por el monte San Bernardo.

Volví á ver el valle de Chamouny.

Todo estaba lo mismo; pero no encontré á Gervasio.

Le busqué en el sitio de costumbre, en el lugar predilecto de sus paseos vespertinos : sólo encontré su baston abandonado, el cayado pastoril que le acompañaba siempre.

Llamé á gritos : ¡ Gervasio !

¡ Gervasio ! repitió una voz, que era sin duda el eco.

Ya me retiraba yo desalentado y triste, cuando vi llegar en direccion opuesta á una pobre mujer trayendo sujeto á Puk, el perro que yo habia dejado á Gervasio.

Aquella mujer era la buena viuda que servia de madre al pobrecito ciego.

— Señor, me dijo, os he oido llamando á voces á mi querido Gervasio. Yo le busco tambien.

Puk me lamia las manos, pero al mismo tiempo aullaba de una manera lúgubre.

No me acariciaba como en otro tiempo.

Él parecia preocupado por alguna idea, por una

idea indefinible, segun levantaba las orejas, olfateaba como buscando un rastro y tendia las patas como para lanzarse á la carrera.

—¿Por qué no le soltáis?

— Señor, el pobre animal se nos ha quedado ciego lo mismo que su amo; por eso Gervasio ya no lo lleva consigo.

— ¿Y no sabéis dónde se encuentra Gervasio?

— No le hemos visto desde ayer; salió de casa á la hora de costumbre y no ha regresado. Es una cosa incomprensible. Figuraos, señor, que el domingo hubo una gran tempestad y dimos albergue en casa á un viajero que se presentó empapado en agua. Miéntras yo salí se quedaron hablando mi Gervasio y el desconocido; no sé de lo que hablaron; pero á la vuelta observé que mi ciego estaba demudado y pensativo. Encendí lumbre con la leña que yo había ido á buscar y el viajero se secó sus ropas. Cuando pasó la tempestad se fué. — Así que estuve sola con mi desgraciado hijo adoptivo le pregunté, pero en balde, qué le había dicho el caballero; permaneció mudo. Sospecho, señor, que el viajero le ha hablado de una cierta señorita Eulalia, ciega tambien, que ha podido recobrar la vista y que ni siquiera nos ha escrito una carta desde que se ausentó. Ayer me pareció que estaba el pobre Gervasio más impaciente, más de prisa que nunca. Al irse me abrazó y me dijo: « Madre, que

no venga Puk; cuando viene es un cuidado más porque en el monte nos buscamos y no nos encontramos; sujetadlo bien. »

Entre tanto Puk mordia la cuerda, saltaba de impaciencia, pugnaba por irse.

— Parece que ha encontrado la pista; soltadlo á ver.

No bien Puk se sintió libre partió como un rayo en direccion á un precipicio que daba sobre un torrente.

El torrente distaba unos doscientos pasos de nosotros.

A los pocos segundos oí un ruido semejante al de un cuerpo que cae.

Me precipité siguiendo las huellas del fiel Puk hasta llegar al borde del precipicio.

—¡Puk, grité, Puk!

No tuve más respuesta que el eco de mi voz, repetida con la claridad sonora que conocen los habitua-

dos á las desiertas soledades de las cordilleras.

Miré al fondo del abismo; sólo vi las espumas del torrente.

El perro habia desaparecido.

Fijando mi atencion, vi sobrenadar la blusa azul celeste de Gervasio... »

Aquí terminó la relacion del doctor atentamente escuchada por sus hijos.

Era ya hora de tomar el té y no pudo contestar á las preguntas que le dirigían, aplazando la respuesta para la siguiente noche.

—¿Papá, qué es un torrente?

—¿Papá, qué es gota serena?

—¿Papá, qué es un abismo?

— ¿Papá, cómo se explica el eco?

— Lo sabréis, hijos mios, si en las noches venideras me prestáis tanta atencion como os ha merecido la historia de los dos ciegos.

Á nuestra vez ofrecemos trasmitir á los infantiles lectores de estas páginas las explicaciones del doctor Saurin.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

I. 7
II. 20
III. 34
IV. 43
V. 55
VI. Niña infiel y perro leal. 65

Paris. — Tip. de GARNIER Hermanos, 6, rue des Saints-Pères.
(Grevin. — Lagny S.-et-M.)